

## Charlas en la cocina

Matilde Terán

**E**ramos un par de escuincles y estábamos muy enamorados. Nos gustábamos, nos besábamos, nos abrazábamos, nos acariciábamos y teníamos un miedo espantoso de llegar al coito. El miedo a lo prohibido, a que nos descubrieran y, más que nada, a las consecuencias que podía tener.

Tenía 17 años y estaba embarazada. Ni él ni yo teníamos la madurez para resolver el asunto a la manera tradicional. El matrimonio era el camino indicado, aceptado, fácil. Pero a pesar de nuestra juventud no eramos tan estúpidos como para no comprender que un matrimonio sin recursos económicos, sin autonomía, podía significar la ruina de nuestras vidas y eso, no lo queríamos.

Durante noches enteras me desvelé tratando de encontrar una solución. Por la mañana, en la escuela, a ratos lograba evadirme. En las tardes, él y yo nos tomábamos de la mano, nos veíamos, nos angustiábamos. En esas tardes no hubo besos, ni abrazos ni caricias. El me decía: "nos casamos". —Yo me negaba.

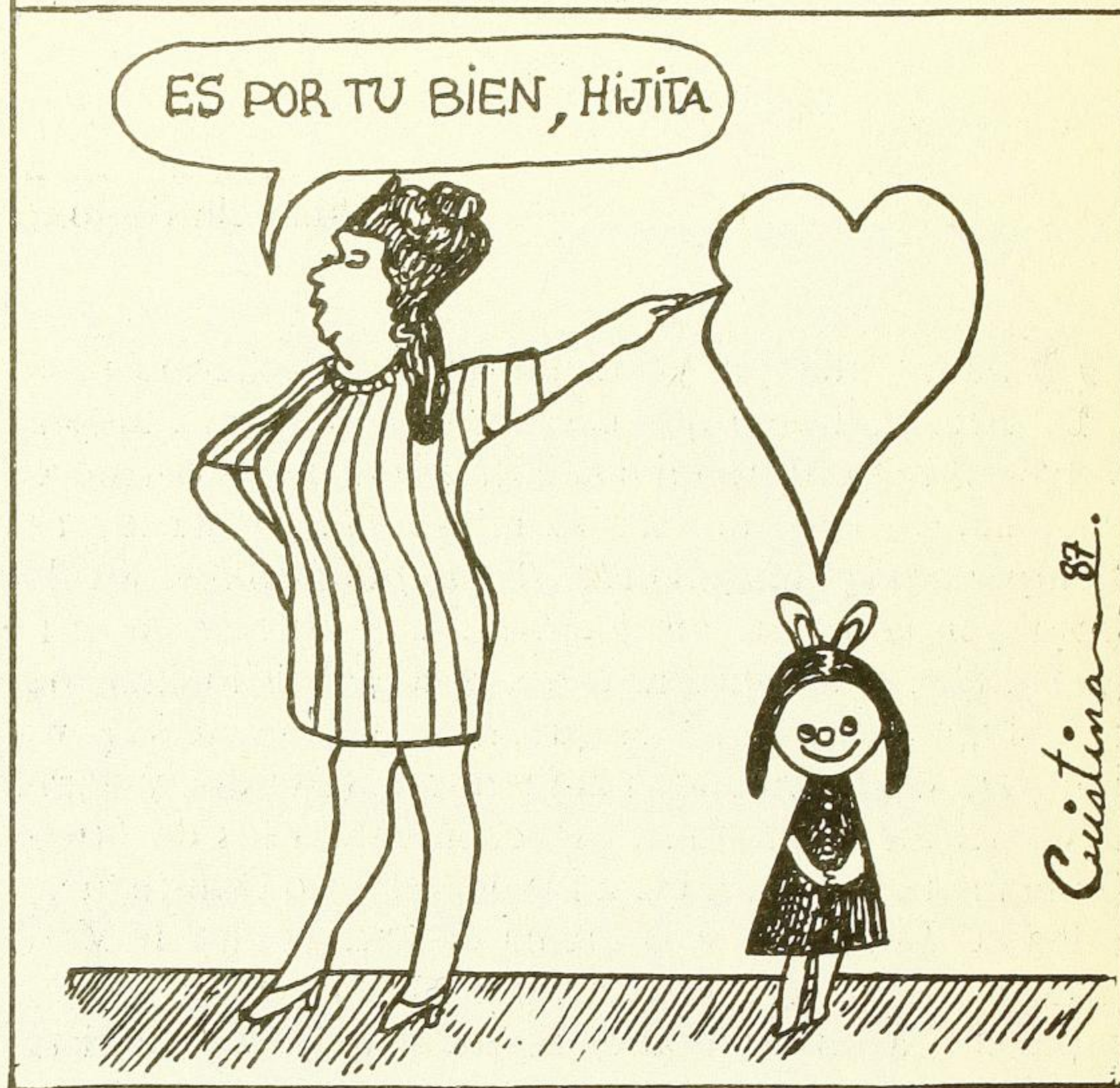
Por las noches la imaginación se desboca. Me veía teniendo al hijo en un lugar apartado, en un rancho y viviendo ahí, entre los campesinos, una campesina más con el hijo entre los brazos escondiendo *mi vergüenza*. ¡La imagen del sacrificio! Ni arruinaba la vida de mi joven amante ni sometía a mis padres al deshonor de tener un nieto bastardo.

No era raro que pensara esas tonterías, porque de niña y adolescente siempre me gustó imaginarme sufriendo. Me hacía yo unos cuentos fenomenales en los que me pasaban cosas terribles. A veces me imaginaba la muerte de mis padres, y acababa llorando porque era una pobre huérfana. Supongo que inventaba estas cosas porque en mi vida no había sufrimiento. En realidad era una chica muy feliz.

Sólo que ahora tenía un problema muy real y una razón muy poderosa para sentirme angustiada.

Mis padres eran muy rígidos en cuanto a la virginidad y la conducta sexual de una mujer. ¡Cómo podía decirles que había sido "loca"? Loca era la palabra que se usaba entonces, para señalar a cualquier mujer que diera lugar a que se sospechara de su recato o castidad.

**P 5 ENROS**



Curiosamente no pensé nunca que mi padre pudiera matarme o por lo menos golpearme. No pensé que mi madre me rechazara, aunque sí que me diera un par de bofetadas. Tenía temor a enfrentarme y ver sus caras, seguramente congestionadas por la ira y la sorpresa. Tenía miedo de avergonzarlos, pero el miedo mayor era el no saber qué iba a ser de mi vida.

No consideré la posibilidad de tener el hijo y darlo en adopción. De todos modos mis papás tendrán que saber; eso no lo podía evitar.

Lloraba. Sufría. Fingí estar enferma y me metí en cama. Tenía que buscar el apoyo de alguien para darme valor y confesar "mi culpa". Llamé a mi prima, amiga y confidente, algunos años mayor que yo.

"Tienes que abortar", me dijo, ¡vaya! Eso no se me había ocurrido. No me acuerdo si sufrí, si dudé. Dejé que mi prima se hiciera cargo, que consiguiera el dinero y arreglara todo con el médico. No tener que decirle a mis padres me daba un alivio tan grande, que me impedía pensar en la impotencia de lo que iba a hacer.

Jamás me arrepentí. Algunos dicen que uno siente una gran culpa. Yo sentí un gran alivio. Volví a ser dueña de mi vida. Podía estudiar, viajar, bailar, casarme con ese novio o romper con él y buscar otro. Nada nos ataba. Por eso pude seguir queriéndolo. Por eso me casé con él. *Am*